

Las Iglesias y la paz

Circunstancias e inquietudes

En este estudio se ha procurado recoger y sistematizar las enseñanzas y los pronunciamientos de las Iglesias cristianas de Occidente acerca de los problemas éticos de la defensa desde 1970 hasta nuestros días.

Se ha escogido como sujeto de la investigación a las Iglesias de Occidente por el hecho de que gozan de mayor libertad y tienen mayor responsabilidad.

Se ha limitado la época de estudio a la comprendida entre el final de la guerra del Vietnam y nuestros días por entender que el volumen del material producido por las Iglesias es abarcable y la significación de lo manifestado por ellas en esas fechas tiene cierta unidad conferida por la referencia a lo acaecido en el mundo durante ese periodo de tiempo.

Aunque la fecha clave con la que se inicia la nueva época de la historia de la estrategia y la necesidad de repensar radicalmente los planteamientos éticos de la defensa es la del 6 de agosto de 1945. Ese día fue lanzada la primera bomba atómica en Hiroshima, y a partir de entonces el mundo vive en una era nueva con problemas hasta entonces inéditos: la era nuclear.

Sin duda fue exacta la afirmación de Einstein cuando dijo que «el poder del átomo lo ha cambiado todo, a excepción de nuestro modo de pensar», y cuando afirmó que «necesitamos un modo de pensar esencialmente nuevo si ha de sobrevivir la humanidad».

Ahora bien, ese modo de pensar esencialmente nuevo se ha ido alumbrando por la presión de las circunstancias.

Precisamente en estos últimos quince años cercanos a nosotros la sensibilidad de las muchedumbres, la reflexión de los pensadores, los estudios de los expertos y la actuación de las Iglesias han estado condicionados, al tratar del mantenimiento de la paz y de la defensa justa de los pueblos, por el carácter predominantemente nuclear de los armamentos de los estados más poderosos del mundo.

La paz que se anhela es la que nos libra del holocausto mundial, las inquietudes de que estalle un conflicto se refieren principalmente a la posibilidad de que se enfrenten las dos superpotencias dotadas de armamento nuclear, las guerras localizadas y contenidas por ahora en diferentes lugares del mundo son lamentadas no sólo por los daños de los contendientes sino, sobre todo, por el riesgo de que den lugar a la escalada de un enfrentamiento total entre los grandes y por la angustia que procede de reconocer que existen problemas radicales de los que pueden derivarse tensiones que pueden estallar con riesgos últimos para la humanidad entera.

Las Iglesias tienen los ojos y el corazón abiertos y se interesan por la intensidad y extensión de las ansias de paz, por la inquietud que nace del peligro de la guerra que puede terminar con la civilización y casi con la existencia de la vida humana, por los conflictos bélicos que siguen abiertos en las diversas zonas del mundo y por las injusticias y la opresión que pueden generar estallidos incontenibles.

Los anhelos de paz

En primer lugar, las Iglesias perciben como un signo positivo la difusión y la intensidad de los anhelos de paz.

«Inmediatamente después de la guerra -dijo Pablo VI en el mensaje de paz de 1971- al comienzo de esta generación, la humanidad tuvo una ráfaga de conciencia; es necesario anular las causas de la conflagración sufrida. Buscar y eliminar las causas, esta fue la idea acertada».

«Ciertamente parecía que estuviera por nacer una nueva era, la de la paz universal. Todos parecían dispuestos a cambios radicales. Partiendo de las estructuras políticas, sociales y económicas se llegó a proyectar un horizonte de innovaciones morales y sociales maravillosas: se habló de justicia, de derechos humanos, de promoción de los débiles, de convivencia ordenada y de unión mundial».¹

Sin embargo, muy pronto se iniciaron las tensiones de la guerra fría y el mundo sufrió las crisis del cerco de Berlín Oeste y de la guerra de Corea.

Ahora bien, desde la perspectiva de la Jornada por la Paz de 1971, Pablo VI pudo afirmar que «a pesar de todo, la paz camina. Existen -reconoce el Papa- interrupciones, incoherencias y dificultades; pero no obstante -afirma- la paz camina y se afianza, favorecida por el creciente beneplácito de la opinión pública, convencida de lo absurdo de la guerra como único y fatal medio para dirimir las controversias entre los hombres».²

No olvidemos que estas palabras están escritas en 1971, cuando estaba abierta la crisis acerca del sentido de la guerra del Vietnam.

¹Ecc1.19y26-12-70,p.5.

²Ecc1. 19 y 26-12-70, p. 6.

El Papa observaba que simultáneamente a la crisis referida era un hecho alentador que «la paz utilizase una red cada vez más densa de las relaciones humanas: culturales, económicas, comerciales, deportivas y turísticas», y «que las grandes instituciones internacionales y supranacionales se demostrasen providenciales tanto para la vida como para perfeccionar la convivencia pacífica de la humanidad».³

Cinco años más tarde, en el Mensaje de paz de 1976, Pablo VI confirmaba el diagnóstico con estas palabras: «vemos con alegría y con esperanza cómo progresa la idea de la paz. Va ganando importancia y espacio en la conciencia de la humanidad, y con ella se desarrollan las estructuras de la organización de la paz. A este respecto, la Conferencia de Helsinki, de julio-agosto de 1975, ha sido un acontecimiento que ofrece buenas esperanzas».⁴

Esperanzas confirmadas por su posterior desarrollo, como reconocía el Papa el 1º de enero de 1978. «La historia de nuestro tiempo -afirmaba Pablo VI- está toda ella salpicada de flores, de una espléndida documentación en favor de la paz pensada, organizada, celebrada y defendida: Helsinki enseña. Y confirman estas esperanzas-continuaba el Papa- la próxima Asamblea general de la ONU sobre el desarme y los numerosos esfuerzos de los grandes y de los humildes agentes de la paz».⁵

En su primer mensaje de la Jornada de la Paz de 1979, Juan Pablo II reafirmaba los mismos propósitos y las mismas observaciones de su predecesor. El propósito era «conseguir la paz. He ahí -decía el Papa- el resumen y la coronación de todas nuestras aspiraciones».

Y percibía que para «hacer real la paz entre los países no sólo se multiplicaban los intentos a través de intercambios bilaterales o multilaterales o de conferencias internacionales» sino que «algunos toman personalmente iniciativas valientes con el fin de establecer la paz o hacer desaparecer la amenaza de una nueva guerra».⁶

Unos años más tarde, en 1982, y en el mismo tipo de mensaje el Papa confirmaba «que la paz se había hecho en todo el mundo no sólo una preocupación mayor para los responsables de los destinos de las naciones sino, sobre todo, para amplios sectores de la población y para numerosos individuos que se consagran con generosidad y tenacidad a la labor de crear una mentalidad de paz».⁷ Lo cual dio lugar a que Juan Pablo II en su mensaje a la ONU de 1982 hiciese una constatación decisiva, constatación «unánimemente admitida no sólo por los pueblos sino por los gobiernos» y que expresó de modo conclusivo y esperanzado al afirmar que «el mundo desea la paz y que el mundo necesita la paz».⁸

³Eccl. 19 y 26-12-70, p. 6.

⁴Eccl. 8-11-75, p. 9.

⁵Eccl. 7-1-78, p. 9.

⁶Ecc. 6-1-79, p. 4.

⁷Eccl. 2y9-1-82, p. I I . ⁸DC 4-7-82, p. 664.

Respuesta a los anhelos

Desear y necesitar la paz revelan actitudes radicales que reclaman soluciones comprometidas y lo más eficaces posibles de los gobernantes, de los creyentes y en general de todos los hombres de buena voluntad.

A lo que se desea porque se necesita hay que darle respuesta en cualquier orden de cosas.

Porque, ¿qué deseo hay más puro y más hondo que el de la paz? ¿Y qué necesidad puede ser más dramática que la de la paz?

Que esos deseos y esa necesidad han obtenido alguna respuesta lo prueban -como afirma el Comité Central de los católicos alemanes en el documento publicado el 14 de noviembre de 1981- «los resultados favorables obtenidos para el control de armamentos y el desarme. Entre ellos se pueden enumerar acuerdos tan importantes como el de la prohibición de pruebas de armas nucleares en la atmósfera, en el espacio y bajo el agua; el tratado contra el estacionamiento de medios de exterminio de masas en el espacio; el acuerdo sobre la no proliferación de armas atómicas; un convenio que proscribe la producción, almacenamiento y desarrollo de armas bacteriológicas; el acuerdo de abril de 1981 prohibiendo o limitando el empleo de determinadas armas convencionales, capaces de producir atroces heridas o efectos incontrolables; los tratados SALT, así como reajustes en las medidas de seguridad y la celebración de las Conferencias de Seguridad y Cooperación en Europa» celebradas en Helsinki, Belgrado, Madrid y actualmente en Estocolmo.

Temor al holocausto nuclear

Mas junto a los resultados positivos que responden a las ansias de paz, las Iglesias observan un fenómeno inquietante: la angustia sentida por la posibilidad de que se produzca otra guerra generalizada que pueda arrasar la civilización y la misma vida humana.

Así, por ejemplo, el Comité Ejecutivo del Consejo Ecuménico de las Iglesias reunido en febrero de 1980 en Liebfrauenberg, Woerth, Francia, prestó su atención a las tendencias y a los acontecimientos alarmantes que dominan actualmente las relaciones internacionales y en especial al grave deterioro de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y a las crecientes amenazas que gravitan sobre la paz.⁹

El Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias, que se reunió en Ginebra del 12 al 22 de agosto de 1980, apoyó lo manifestado por el Comité Ejecutivo. Y en una declaración formulada sobre el desarme nuclear, el Comité Central insistió sobre la urgencia de la situación, profundamente preocupado por las recientes declaraciones oficiales de los Estados Unidos que anunciaban

⁹Paix etdesarmementW.C.C. 1982,p. 109.

la decisión política de poner en marcha la opción estratégica de la «guerra nuclear limitada».¹⁰

El Comité estimó que esta decisión agravaría el riesgo de holocausto nuclear. Porque la constitución de «capacidades de lucha nuclear» iba a tener como consecuencia que las grandes potencias estarían más cerca de desencadenar un intercambio nuclear masivo en un tiempo en el que las tensiones políticas se habían intensificado por todas partes."

Pocos años antes, en el Mensaje de la Jornada de la Paz de 1977, Pablo VI decía que «se perfilaba en el horizonte del futuro una catástrofe que podía resultar inconmensurable tanto para la paz como para la vida. Hiroshima -decía el Papa- es un paradigma espantosamente profético a este respecto».¹²

Un año más tarde, en el Mensaje de 1978, el Papa decía que «en aquellos momentos la conciencia del mundo se hallaba atemorizada por la hipótesis de que se pudiera desencadenar fulminantemente una conflagración inconmensurable».

«Quisiéramos -confesaba el Papa- ahuyentar esta terrible pesadilla y proclamar lo absurdo de la guerra moderna y la absoluta necesidad de paz, no fundada sobre la prevalencia de las armas dotadas ahora de un infernal potencial bélico (recordemos la tragedia del Japón), sino sobre el método racional y solidario de la justicia y la libertad».

Y añadía preocupadamente en este Mensaje una grave afirmación: «El miedo -decía- común a todos los pueblos y en especial a los más fuertes, contiene la eventualidad de que la guerra asuma proporciones de una conflagración cósmica».¹³

Las armas aterradoras disponibles, el mutuo recelo entre las grandes potencias y el miedo son tres componentes de la inquietante situación del mundo.

Tan inquietante que hace decir a los Obispos franceses en su pastoral del 10 de noviembre de 1983 que «el espectro de una tercera guerra mundial atemoriza de nuevo a las gentes. Años de relativa distensión -añaden-, aunque sin que se detuviera la carrera de armamentos, habían hecho bajar la fiebre en el mundo. Pero los acontecimientos de Polonia, la invasión de Afganistán, la instalación de los SS20 en Europa y el proyecto de reajuste del equilibrio mediante los Pershing, han reactivado el miedo en todas partes».¹⁴

Unos meses antes, el 18 de abril de 1983, los Obispos alemanes, en un documento colectivo sobre la paz, habían dicho que: «al Este y al Oeste, la espiral del rearme que avanza sin cesar, incita a más y más personas a preguntarse horrorizadas cuándo el potencial militar en amenazante aumento precipitará a la humanidad en el abismo. Muchos seres humanos no comprenden este mundo,

¹⁰PaixetdesarmementW.C.C. 1982,p. 16. ¹¹

PaixetdesarmementW.ee. 1982,ps. 114-155.

¹²Eccl. 25-12-76, p. 6. ¹³Eccl.7-1-78,p. 10.

¹⁴Past.colect.LaCroix10-11-83,p. 11.

en el que es posible desplegar misiles y armas en las regiones más alejadas del globo cuando en esas mismas regiones se carece de arroz, de pan y de medicinas».¹⁵

Como previno en su tiempo el Concilio Vaticano II, «si no se establecen en el futuro tratados de paz firmes y honestos la humanidad, que ya está en grave peligro, quizá sea arrastrada a aquella hora en la que no habrá otra paz que la paz horrenda de la muerte» (GS. 82).

El peligro, sopesadas las diversas circunstancias en el Mensaje de Paz de Juan Pablo II de 1982, es tal que le permiten afirmar al Papa que en su opinión «lo que está en juego es la supervivencia misma de la humanidad entera, en virtud de la capacidad destructiva de los arsenales militares actuales».¹⁶

El riesgo de las guerras actuales

Pero, además del poder de los armamentos acumulados y de la recelosa tensión entre las superpotencias, hay en nuestro tiempo un hecho trágico de posibles consecuencias incalculables que no es posible ignorar: las guerras abiertas actualmente en distintas partes del mundo.

Su existencia confirma que en nuestro tiempo no puede concebirse la vida de la comunidad internacional sin que gravite sobre ella el espectro de la guerra.

Se trata de guerras «contenidas» geográfica y estratégicamente, pero sostenidas en general por las dos superpotencias que apoyan en cada una, según sus intereses, a uno de los bandos contendientes. Guerras motivadas por fanatismos nacionalistas o revolucionarios o incluso religiosos. Guerras que suelen considerarse «pequeñas» pero que causan destrucciones y muertes y que, por «pequeñas» que sean, contienen siempre el riesgo de extenderse y de implicar a otros países y de provocar conflictos generalizados.

Las Iglesias no se pueden desentender

Ante semejantes desgracias las Iglesias no pueden desentenderse. Tienen que seguir de cerca las dramáticas vicisitudes de los conflictos; aliviar en la medida de sus posibilidades a los que sufren y reflexionar con humildad y con fe para percibir el sentido de los desafíos éticos y morales que plantean las guerras actuales a los que quieren ser seguidores de Aquel al que llamamos Príncipe de la Paz.

Así, por ejemplo, el Comité Ejecutivo de la Comisión para los Asuntos Extranjeros del Consejo Mundial de las Iglesias, publicó en Ginebra el 20 de junio de 1975 un memorándum sobre el desarme en el que, tras recordar las más de

¹⁵1.1.,p. 16.

¹⁶Ecc1.2y9-1-82,p.

130 guerras «pequeñas» que habían estallado después de 1945, proponía como remedio la prohibición absoluta de la utilización y de la producción de medios cada vez más perfeccionados de destrucción, incluso aunque se tratase de medios convencionales.¹⁷

Por su parte Juan Pablo II, en su Mensaje de paz de 1983, después de reconocer la existencia de más de «ciento cincuenta conflictos armados ocurridos desde la segunda guerra mundial», advertía que todos esos conflictos habían estallado porque el diálogo no había tenido lugar o había sido falseado, desvirtuado o restringido voluntariamente».¹⁸

Diálogo prácticamente imposible cuando las circunstancias de las relaciones entre los pueblos están envenenadas -como decía Pablo VI en 1971- «por las discriminaciones sociales, raciales o religiosas, por la supremacía de los intereses económicos y el abuso de la explotación de los débiles, por el odio y la lucha de clases y por el recurso a la violencia sin tener en cuenta el fuego que puede sobrevenir».¹⁹

La carrera de los armamentos

Por otra parte, las guerras actuales y los conflictos que pueden terminar en guerras son posibles por la acumulación de los armamentos y por la virulencia de los nacionalismos.

A los dos fenómenos se refieren preocupadamente las Iglesias. «No podemos callarnos -dicen los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Alemania y de Francia el 15 de junio de 1982- cuando el ruido de las armas, que repercute en los medios de comunicación, resuena cotidianamente. No deberíamos tolerar que misiles o cualquier clase de armas sean exportados hasta los confines de la Tierra. Ni deberíamos tolerar por más tiempo que esto se siga haciendo cuando esos pueblos permanecen desarmados ante el hambre, la miseria y el subdesarrollo».²⁰

Ya en los primeros días del año 1970 el Papa Pablo VI decía en forma de oración: «Señor, estamos hoy tan armados como nunca en los siglos anteriores, y estamos cargados de instrumentos mortíferos capaces de incendiar en un instante la Tierra y destruir hasta la misma Humanidad».²¹

Y en el Mensaje de Paz de 1976 afirmaba que «crecía desmesuradamente -y el dato producía escalofríos de temor- la dotación de armamentos de todo tipo, en todas y cada una de las naciones, y que se tenía la justificada sospecha de que el comercio de armas alcanzaba niveles de primado en los mercados internacionales».²²

¹⁷PaixetdesarmementW.C.C. 1982,p. 14.

¹⁸Eccl. 1 y 8-1-83, p. 12.

¹⁹Eccl. 19 y 26-12-70, p. 5.

²⁰DC 4-7-82, p. 680.

²¹Eccl. 10-1-70,p.7

²²Eccl. 8-11-75,p.7.

Hasta tal punto que el Papa Juan Pablo II, en su mensaje a la ONU de 1982 (11 -6-82) citaba «un estudio según el cual el total de los gastos militares del planeta viene a corresponder a una media de ciento diez dólares por habitante, lo cual equivale a la renta de la que disponen para vivir muchos seres humanos».²³

El resurgir del nacionalismo

Por otra parte, la situación no estaría completamente reflejada en los documentos eclesiales si éstos no recogieran un fenómeno social característico de los últimos tiempos: el resurgir del nacionalismo.

Contra la suposición generalizada de que la dimensión mundial de los problemas produce una difusión del internacionalismo, lo cierto es que las naciones grandes y pequeñas tienen cada vez más agudizado su sentimiento de identidad nacional y que este sentimiento es determinante de sus actitudes políticas y de sus estrategias en el ámbito internacional.

«Debemos notar que en la actualidad -decía Pablo VI en su Mensaje de Paz de 1975- se van consolidando nuevas formas de nacionalismos cerrados».²⁴

Nacionalismos que afectan también a las grandes potencias, ya que los Estados Unidos se sienten la gran América, líder del mundo occidental, y la Unión Soviética tiene conciencia de ser la gran Nación cabeza rectora del mundo socialista.

«El nacionalismo desenfrenado -afirma Juan Pablo II en su Mensaje de Paz de 1982- alimenta así proyectos de hegemonía, en el marco de los cuales las relaciones con las otras naciones parecen moverse en una alternativa inexorable: utilización y dependencia, competición y hostilidad».

Los intereses contrapuestos de carácter hegemónico de las dos grandes potencias son potenciados por ideologías antitéticas que «pretenden ofrecer el único fundamento de la verdad acerca del hombre, de la vida social y de la historia».²⁵

Y los pueblos pequeños que se resisten al dominio hegemónico de los grandes, lo hacen desde posiciones revolucionarias exacerbadamente patrióticas como Cuba o Nicaragua o religiosas y nacionalistas como Afganistán.

El nacionalismo comporta actitudes de «acaparamiento en beneficio propio y de hostilidad que se expresan tanto en la dirección de la vida económica o en las aplicaciones tecnológicas de la ciencia, como en el uso de los medios de comunicación social o el dominio militar».²⁶

La hostilidad nacionalista se potencia y hace «difícil o estéril el diálogo» cuando algunas de las partes enfrentadas adoptan ideologías que «se oponen a la dignidad de la persona humana, ven en la lucha el motor de la historia, en la

²³DC 2-7-82, p. 663. ²⁴Eccl. 11-1-85, p. 13.

²⁵Eccl. 2y9-1-81, p. 11.

²⁶Eccl. 2y9-1-81, p. 11.

fuerza la fuente del derecho y en la clasificación del enemigo el a-b-c de la política».²⁷

«Entonces, es fácil constatar hasta qué punto la ironía acerba y la dureza de los juicios, en la crítica de los demás y sobre todo del extranjero, invaden las comunicaciones sociales y ahogan tanto la caridad social como la misma justicia. A fuerza de expresarlo todo en términos de fuerza, de lucha, de amigos y enemigos, se crean las barreras sociales y se fomenta el menosprecio y el odio».²⁸

El poderío soviético

Por último hay que considerar si es cierta la acusación del Prof. O'Brien de que en los documentos eclesiásticos occidentales «no se presta una seria atención a la naturaleza del poder soviético y de los demás poderes comunistas».²⁹

Evidentemente, la preocupación mayor por las amenazas latentes en el sistema comunista se encuentra en los pronunciamientos eclesiásticos alemanes, ya que la Iglesia alemana está en la primera línea fronteriza entre los dos bloques y por lo mismo tiene conciencia más aguda del peligro.

Es sintomático en este sentido el comunicado del Comité Central de los católicos alemanes de 1981.

Con toda claridad y sin ambigüedades literarias se refieren los católicos alemanes al «motivo capital que enfrenta al sistema comunista bajo la dirección de la Unión Soviética a los países con una constitución libre y democrática», indican que «a diferencia de la política occidental de paz y de renuncia a la violencia, la Unión Soviética desde mediados de la década de los 60 promueve en alto grado su armamento más allá de sus legítimas necesidades de defensa» y que «practica una militarización de la sociedad». Abiertamente concluye que «la Unión Soviética quiere extender su ideología y, ante todo, ganar el dominio político sobre toda Europa».

También los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Alemania y Francia en su declaración conjunta de julio de 1982 se refieren al conflicto entre el Este y el Oeste de razones ideológicas y de intereses económicos, y dicen que «el sistema comunista se opone a la concepción liberal y social de la democracia» y reconocen que «la fuerza totalitaria de un campo a favor de la transformación revolucionaria de las sociedades provoca en el otro el crecimiento de los esfuerzos militares, industriales y financieros de la defensa».³⁰

Una posición más matizada y comprensiva, porque abarca datos nuevos, es la de la pastoral colectiva de los Obispos alemanes de abril de 1983.

Además de señalar «la animosidad mortal entre el socialismo revolucionario y el capitalismo», hablan de otros factores que también pueden ser determi-

²⁷Eccl. 1 y 8-1-83, p. 13.

²⁸Eccl.6-1-79,p.7.

²⁹The peace debate, Washington Quaterly. Spring 82, p. 221.

³⁰DC 4-7-82, p. 680.

nantes de la política exterior de la Unión Soviética como, por ejemplo, «las aspiraciones hegemónicas, la tradición rusa de desconfianza temerosa, las experiencias históricas, los retrasos en la modernización, los mecanismos del poder entre los dirigentes y el miedo en relación con la estabilidad del propio sistema en el dominio de los pueblos que les están sometidos».³¹

La acción por la paz de las Iglesias

Pero lo más importante -con serlo mucho- no es cómo perciben las Iglesias la realidad, sino lo que las Iglesias aportan a la causa de la paz.'

Vistas desde fuera, para unos «el cristianismo es una amenaza pacifista, otros temen que los clérigos inexpertos e incompetentes turben los frágiles equilibrios de la coexistencia pacífica; otros, por el contrario, encuentran en el cristianismo las legitimaciones de la violencia liberadora por fidelidad a los pobres. Unos fustigan a las Iglesias instaladas a la sombra de los poderes constituidos, otros exigen su silencio para dejar la palabra sólo a los técnicos como si los pueblos pudieran permanecer indiferentes ante lo que cuestiona su supervivencia. En cuanto a los recién llegados a las corrientes pacifistas, esperan de ellas un sostén y una fuerza para denunciar lo absurdo de la carrera de armamentos y la locura y la falta de sentido de una paz fundada sobre la injusticia».³²

En una palabra, las demandas a las Iglesias se hacen desde posiciones previas interesada y apasionadamente adoptadas por los diversos grupos humanos.

Ahora bien, lo que de verdad debería interesar es si las Iglesias están seriamente preocupadas por los problemas que afectan a los hombres y si son fieles a su naturaleza y a su misión religiosa.

Lo primero sería indicio de su sensibilidad y lo segundo sería prueba de su fidelidad.

En cuanto a la sensibilidad, parece que efectivamente las Iglesias, al condenar la guerra y la carrera de armamentos y al hacer suyos la aspiración a la paz y los esfuerzos por alcanzarla, han convertido en centro de las preocupaciones de la comunidad cristiana universal las inquietudes centrales y más agudas de todo el género humano.

En relación con la fidelidad puede decirse que con mayor o menor fortuna según los casos, todas las Iglesias han acudido a las distintas tradiciones teológicas que las caracterizan en busca de la luz evangélica necesaria para iluminar los problemas más acuciantes acerca de la paz y del compromiso por realizarla.

Así, por ejemplo, los Obispos americanos proponen la «visión religiosa de la paz» y las cuestiones «relacionadas con esa visión en este mundo de estados soberanos, desprovisto de una autoridad central y dividido por la ideología, la geografía y por objetivos en abierto enfrentamiento».

³¹3.4.2., p. 41.

³²G. Defois. L'Eglise devant la menace nucléaire. Le Centurion 1983, p. 6.

Crean que «la visión religiosa tiene una base objetiva y que es capaz de progresiva realización. Cristo -dicen- es nuestra paz porque «ha hecho de los dos un solo pueblo al derrumbar el nuevo divisorio de la enemistad» (Ef. 2.14). Sabemos -reconocen- que esa paz sólo se realizará plenamente en el Reino de Dios. Pero la realización del Reino -afirman- es un trabajo continuo cumplido progresivamente, mantenido en la precariedad y necesitado de esfuerzo constante para preservar la paz conseguida y darle expansión en la vida personal y colectiva».³³

La paz es un don de Dios conquistado por la Redención de Cristo y fruto del Espíritu Santo que fecunda la vida personal y penetra con fuerza transformante la realidad del mundo. Pero esa fuerza transformante requiere la cooperación libre del hombre para que advenga a nosotros la plenitud de la paz o al menos una paz más perfecta hasta que llegue el Reino de Dios y Dios sea todo el todas las cosas.

Por eso las Iglesias no se limitan a iluminar con la luz del Evangelio los problemas de la guerra y de la paz; además, dan pautas éticas de acción, alientan a actuar y actúan ellas mismas procurando que se realicen los designios de salvación de Dios.

Iluminación ética de la acción

La intervención de las Iglesias es esencialmente ética. Trata de proporcionar el conocimiento de los grandes principios morales, examina a su luz los fines de las acciones humanas y juzga la coherencia de los medios que se proponen para conseguirlos.

Lo que ocurre es que cada vez es más cercano a los hechos concretos el juicio ético de las Iglesias. Pasaron los tiempos en que se limitaba su intervención al examen de las consecuencias inmediatas de los principios o de las situaciones genéricamente consideradas. Son las situaciones concretas y sus consecuencias previsibles las que son juzgadas. Lo cual no quiere decir que se suprima la libertad de los fieles de hacer el último juicio ético en función de las circunstancias y de los medios concretos.

Precisamente porque permanece esa libertad, los Obispos reconocen que su autoridad es menor cuando tratan de las aplicaciones concretas que cuando enuncian los principios morales. Al tratar de las aplicaciones concretas sus afirmaciones «no obligan en conciencia, aunque son merecedoras de una seria atención»³⁴

Porque la función de los dirigentes eclesiásticos no consiste en erigirse en jueces que decidan las disputas acerca de las estrategias concretas que dan lugar a vivas contestaciones y a opiniones divergentes. Su misión consiste en llamar la atención acerca de los criterios con ayuda de los cuales puede cada cual hacer

³³Past. colectiva CFP, p. 4.

³⁴Past.colect.CFP,p.2.

su propio juicio si tiene una conciencia adulta y suficiente información.

Como resultado, no siempre reconocido ni perfectamente conseguido, las Iglesias con sus orientaciones éticas «ponen una nota de buen sentido en un clima cargado de tensiones, de miedo, de irracionalidad y de desconfianza mutua».³⁵

Dificultad de la valoración ética

Sin que resulte fácil hacer los pronunciamientos eclesiales de carácter moral sobre los problemas de la paz y de la guerra.

A esos pronunciamientos no les han precedido siempre suficientes investigaciones y debates de los expertos en moral que hayan estudiado las nuevas circunstancias estratégicas del mundo con sus implicaciones. La problemática de la guerra y de la paz ha sido radicalmente transformada con el advenimiento de las armas nucleares.

Los principios en sí válidos de la teoría tradicional de la guerra justa, por ejemplo, han quedado absolutamente desbordados. Las proporciones son nuevas e inimaginables.

Como dijo Einstein, «es necesario un modo de pensar esencialmente nuevo si la Humanidad ha de sobrevivir».

Al menos «esencialmente nuevo» por ser radicalmente evangélico y por tener en cuenta los datos nuevos de las virtualidades objetivas de las armas científicas modernas.

Ahora bien, mientras se desarrolla ese modo «esencialmente nuevo» de pensar y mientras se perfeccionan, con ayuda de los expertos, los documentos eclesiales de orientación ética sobre los problemas políticos y estratégicos de la guerra y de la paz, siempre será un servicio inapreciable de las Iglesias a la paz su aliento indefectible a los que trabajan por alcanzarla y establecerla.

Aliento a los que trabajan por la paz

«La Iglesia -dice Juan Pablo II en su mensaje a la ONU de 1979- proclama un mensaje de paz, reza por la paz, educa al hombre para la paz. Y esta finalidad está compartida y en ella se comprometen también los representantes y seguidores de otras Iglesias, comunidades y religiosos del mundo. Y este trabajo, unido a los esfuerzos de todos los hombres de buena voluntad, da ciertamente sus frutos».³⁶

A pesar de todas sus deficiencias humanas, lo cierto es que las Iglesias tienen que proclamar el Evangelio de la salvación que reúne en la paz de Dios a todos los hombres dispersos por el mundo, y tienen la misión de hacer más visible la

³⁵ PaixetdesarmementW.C.C. 1982,p. 110-11.

³⁶Eccl. 20-10-79, p. 26.

paz del Reino de Dios en este mundo. Lo cual implica el esfuerzo cotidiano de los cristianos por construir día a día el orden querido por Dios, que supone una cada vez más perfecta forma de justicia entre los hombres.

Por tanto, «a pesar de las graves amenazas en curso contra la paz, las iniciativas en marcha (por parte de los gobiernos y las instituciones internacionales), la movilización de grupos y de las Iglesias en favor de la paz alientan a la esperanza que exige la acción generosa del corazón de todos los hombres. A todo hombre se le pide el sacrificio, la renuncia a las barreras prefabricadas en su corazón que impiden el logro de la paz» (Secret. Estado. Nota sobre Mens. Paz 84, P-1).

Los documentos del Consejo Mundial de las Iglesias desde la primera Asamblea celebrada en Amsterdam en 1948 hasta nuestros días, las exhortaciones de los Papas contemporáneos, muy especialmente desde la institución de la Jornada de Paz por Pablo VI el 1º de enero de 1967 y las pastorales colectivas episcopales de las Conferencias de mayor resonancia, como las de los Estados Unidos, Francia y Alemania, ofrecen abundante prueba documental del apoyo que han prestado las Iglesias a todos los hombres que aman la paz y que procuran hacerla.

No temor, sino esperanza

Finalmente, y sin desconocer las dificultades y las angustias que sobrecogen a los seres humanos cuando piensan en los riesgos a que está sometido el mundo por la capacidad de destrucción de las armas nucleares y la desconfianza y hasta enemistad que caracteriza las relaciones entre las superpotencias, las Iglesias intervienen «no para cultivar los temores, sino para decir palabras de esperanza y aliento en tiempos penetrados de miedo».³⁷

A ejemplo del Señor exhortan a los hombres a «no temer», a trabajar en la realización de la justicia y a sacrificar sus intereses propios en beneficio de pactos que aseguren la paz de todos.

Refiriéndose a la Iglesia católica, el Papa Juan Pablo II (en su mensaje a la ONU de 1982, 11 -6) dice que «desde el principio de la era atómica la actitud de la Iglesia ha sido muy clara. Ha buscado continuamente contribuir a la paz y a construir un mundo que no tenga que recurrir a la guerra para arreglar sus diferencias. Ha alentado a mantener un clima internacional de confianza mutua y de cooperación. Ha apoyado las estructuras capaces de asegurar la paz. Ha recordado los efectos desastrosos de la guerra. A medida que aumentaban los medios de destrucción ha indicado los peligros que sobrevenían y, más allá de los peligros inmediatos, ha indicado los valores a cultivar para desarrollar la cooperación, la confianza, la fraternidad y la paz».³⁸

³⁷Past. colect. CFP, p. 3.
³⁸pCa-7-82,p.665.

Diferencias entre las Iglesias

Afirmaciones semejantes podrían hacer también los dirigentes de las otras Iglesias. Verdaderamente han buscado los mismos objetivos con matices diversos en la expresión de las preocupaciones y exhortaciones. Matices que están determinados por las distintas tradiciones teológicas e históricas de las diferentes confesiones cristianas. .

En el caso de la Iglesia católica, los documentos de la Santa Sede y de los diferentes episcopados nacionales sobre la paz reconocen el derecho de las naciones a la legítima defensa, procuran enjuiciar los medios de la defensa de acuerdo con los criterios tradicionales del «ius in bello» en cuanto a la discriminación y la proporcionalidad, y hacen del arreglo pacífico de las tensiones internacionales el objetivo de la paz y del avance de la justicia su fundamento.

En cuanto a los pronunciamientos del Consejo Mundial de las Iglesias, están caracterizados por un tono predominantemente religioso, emocional, que exhorta a despojarse de modo unilateral de ciertos medios de defensa, en especial de los nucleares, y a poner la confianza ciegamente en el auxilio del Señor.

¿Por qué en 1983?

Por último, hemos de considerar cuál es el sentido y la razón de la abundancia de documentos pastorales sobre la guerra y la paz publicados por los episcopados católicos del mundo en 1983.

El sentido no es otro que el de aplicar a las situaciones concretas de cada pueblo las enseñanzas éticas de la Iglesia acerca de los problemas de la defensa y de la paz.

Los Obispos japoneses parten de la experiencia trágica de haber sido la única nación del mundo que ha sufrido los efectos de un bombardeo atómico; los americanos reconocen que ejercen su ministerio en los Estados Unidos de América y que sus dirigentes son los únicos hasta hoy que decidieron hacer uso del arma nuclear; los alemanes son conscientes de encontrarse en la frontera entre las dos superpotencias y de que gravitan sobre su pueblo los riesgos de las tensiones entre los grandes; los franceses saben la dificultad de justificar éticamente la disuasión nuclear anticuadas; los holandeses comparten los temores de sus conciudadanos por la posible instalación en su territorio de los euromisiles y los Obispos de otros países (austriacos, belgas, canadienses, irlandeses, suizos, etc.) procuran prestar el aliento de la luz de la doctrina y de la fuerza de la esperanza a los pueblos en los que ejercen su ministerio, intensamente angustiados por los peligros de una guerra posible que podría significar el holocausto de la humanidad.

La razón de que se hayan producido en 1983 tantas declaraciones y tomas de posición no es la casualidad ni el resultado de una consigna superior.

La razón está en la convergencia a principios de los años 80 de una serie de circunstancias que justifican el crecimiento de la intensidad de la angustia y del

temor a una guerra nuclear generalizada en todo el mundo.

La primera de ellas es la velocidad nunca detenida de la carrera de armamentos, especialmente nucleares, que lleva a «la opinión pública a preguntarse si los arsenales sofisticados, siempre en estado de alerta y que han sido construidos con costos astronómicos se mantendrán indefinidamente sin ser utilizados».³⁹

Por otra parte «los enfrentamientos entre ideologías e intereses contrapuestos son de tal envergadura que han ido generando en el mundo un estado larvado de beligerancia que, de hecho, se ha traducido en más de cien conflictos armados desde 1945».

Lo cual produce que «las relaciones entre muchas naciones estén envenenadas por una especie de maniqueísmo que divide arbitrariamente a los hombres en enemigos y en grupos irreconciliables».⁴⁰

Además, el progreso tecnológico de los armamentos es tal que aumenta simultáneamente el temor de que las grandes potencias caigan en la tentación de intentar el «primer golpe» si alcanzan la capacidad de destruir de un modo total la potencia militar del enemigo y anular así su capacidad de réplica.

En 1982 se establece la vigencia de la doctrina estratégica según la cual cabe el desarrollo y la victoria de una guerra nuclear «limitada». Esto intensificó el miedo de que, en una circunstancia crítica, se desencadenase con el riesgo muy probable de que se convirtiera en imparable una guerra total llevada hasta el extremo.

Finalmente, en los años 80 se da un cambio del clima histórico. Después de los intentos de los tratados SALT se suceden tiempos en los que a la «debilidad» de la disuasión se la sustituye con el restablecimiento de la «firmeza», el enfrentamiento y la mutua desconfianza llevan a la interrupción de las conversaciones sobre el control de armamentos, START, las que tratan de los misiles de alcance intermedio INF y hasta de las de Viena sobre los armamentos convencionales.

No quedaron más lugares de encuentro que la Conferencia de Seguridad Europea en Estocolmo, las Naciones Unidas, algunas entrevistas personales y -gracias a Dios- las permanentes y necesarias relaciones comerciales.

Aunque, después de las elecciones norteamericanas de noviembre de 1984, se han restablecido las conversaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos a partir del 7 de enero de 1985 en Ginebra.

De ahí que en la actualidad el servicio de las Iglesias de iluminar y alentar las ansias de paz de los pueblos y de sostener en ellos una opinión pública que influya positivamente en las actitudes y decisiones de los gobernantes es un servicio valioso y perfectamente congruente con su misión y con las circunstancias de este mundo.

E. B.*

³⁹Com. pontif. et Pax. Material Mensaje Paz 84, p. 1.

⁴⁰Ibidem.

* Arzobispo castrense (R)